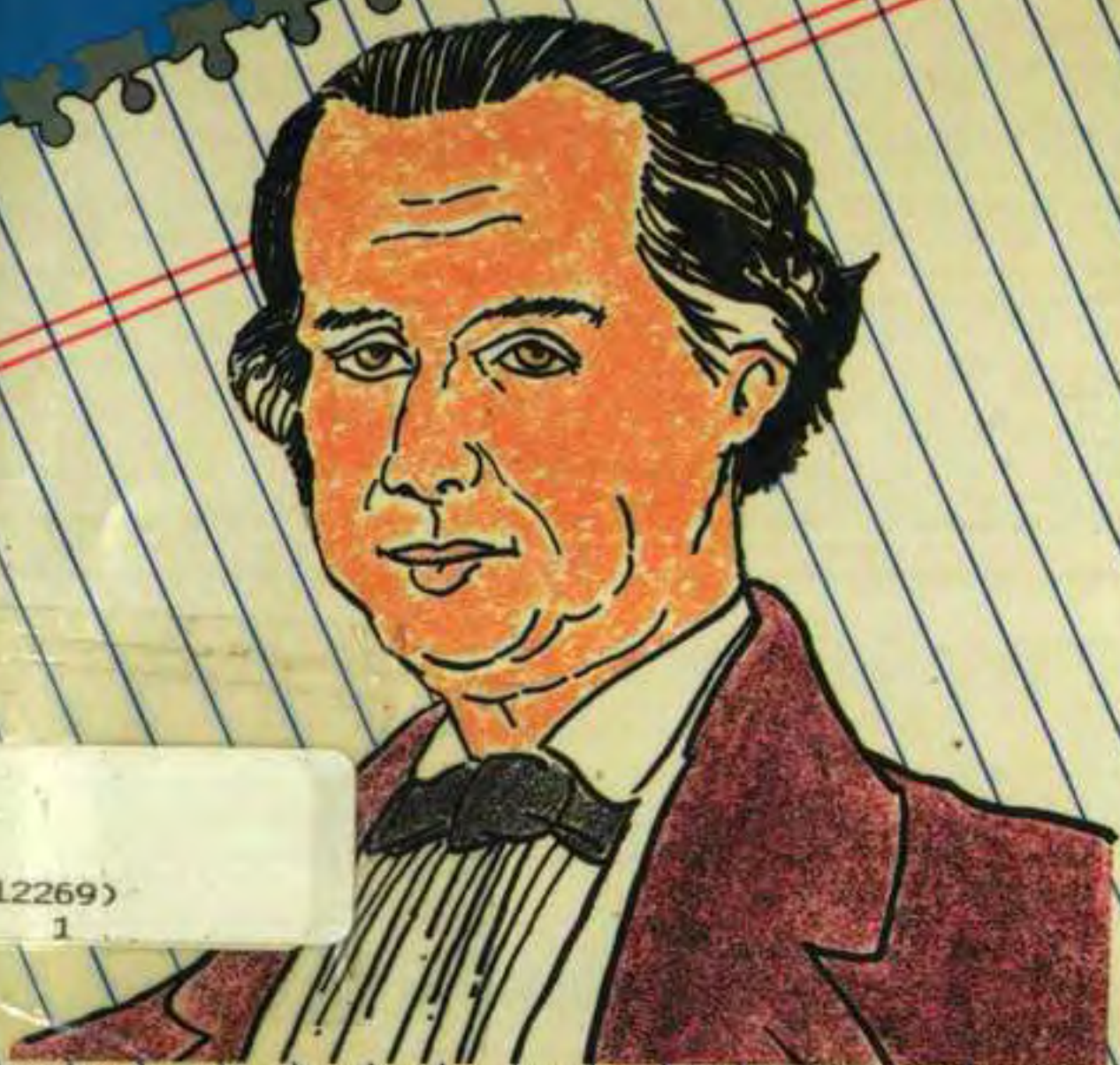


BIOGRAFIAS PARA NIÑOS

Melchor Ocampo



1208
45
EJ.4 (12269)
IB. NO. 1



que fue doña Francisca Xaviera Tapia, propietaria de la Hacienda de Pateo, en Michoacán quien lo crió.

La Hacienda de Pateo fue parte de una extensa encomienda concedida en el siglo XVI por el virrey Antonio de Mendoza a Francisco Fernández de Ávila, quien ante la amenaza de los indios dividió su propiedad entre once pobladores españoles. A fines del siglo XVIII, Pateo pertenecía a José Simón de Tapia, capitán del regimiento de Pátzcuaro; al morir él, dejó la hacienda a sus hijos Francisca Xaviera, Agustín y Josefa.

La casa era muy grande, tenía muchos cuartos, una capilla a la que asistían los dueños y los trabajadores de la hacienda; además, había establos, caballerizas y un enorme granero.

Melchor era un niño muy travieso y astuto; gozaba mucho con el amplio casco de la hacienda, porque tenía muchos lugares en los que jugaba con sus amigos a las escondidillas; también se divertían lazando becerros y borregos; ya más grande, hacía largas caminatas para recorrer los verdes campos.

—SUS PRIMEROS ESTUDIOS—

A sí transcurrieron los primeros años de vida de Melchor, hasta que tuvo la edad suficiente para estudiar; el sacristán mayor de la parroquia del poblado de Maravatío, el padre José Ignacio Imitola comenzó a enseñarle a leer y a contar y aunque era muy pequeño aprendía rápidamente. Cuando su maestro creyó que ya sabía lo suficiente como para asistir a una escuela, fue enviado a la Ciudad de México para concluir su enseñanza primaria.

LOS CASTIGOS Y LA CONSTITUCIÓN
DE 1824

Llegó a vivir a la casa del licenciado Ignacio Alas que se volvió su tutor. Fue inscrito en una escuela "a la antigua", en la que todavía se usaba decir: "la letra con sangre entra", poner orejas de burro, ponerlos en un rincón y sobre todo usar el chicote. Un buen día al maestro se le hizo

fácil azotar a Melchor; no logró terminar el castigo porque el niño furioso, agarrando el brazo del maestro, le dijo:

"Usted no tiene derecho a golpearme porque la ley prohíbe a los maestros que maltraten a los niños. Voy a quejarme con mi tutor y tendrá que pagar usted una multa de veinticinco pesos por haberme pegado."

Con esta actitud, Melchor demostró que, a pesar de su corta edad, había escuchado con mucha atención las pláticas que sus tíos y los vecinos habían hecho sobre los debates habidos en el Congreso en 1824, para redactar las leyes que regirían a la Nación; en especial las que protegían a los individuos de los abusos de autoridad.

En el año de 1827, Melchor regresa a Valladolid para ingresar al bachillerato en el Seminario Tridentino, que en aquel tiempo era el mejor plantel de instrucción en toda la República, porque su rector había implantado el estudio de las nuevas corrientes del pensamiento. Melchor presentó su examen en 1830 con un trabajo tan bien escrito que me-

reció los elogios de sus maestros; ahí escribió una frase que decía: "La razón es la medida de todas las cosas".

—LA CIUDAD DE VALLADOLID CAMBIA DE NOMBRE—

Cuando Melchor se encontraba estudiando en el seminario de esta ciudad, hubo un acontecimiento muy importante en la historia del estado de Michoacán. Su capital, que por espacio de tres siglos se había llamado Valladolid, cambiaría su nombre por el de Morelia, como muestra de agradecimiento eterno a uno de sus hijos más sobresalientes: José María Morelos.

La mañana del 12 de septiembre de 1828, acompañado por un amigo, Melchor se dirigió desde temprano a la Plaza Principal; todo estaba listo para que, en unas horas más, diera principio la ceremonia. Cuando llegaron ya había mucha gente, habían venido de los pueblos vecinos y también de la tierra caliente de Michoacán.

Muchos no sólo conocieron a Morelos sino que habían formado parte de su ejército.

Uno de ellos era don Bernardo Arriola; estaba ahí porque era el encargado de los castillos y los toritos que serían encendidos en la noche, como culminación de los festejos. Pero sobre todo está ahí porque durante años había luchado en el ejército insurgente del general Morelos; él estuvo encargado de la fabricación de la pólvora, de las armas y de las municiones. Don Bernardo era amigo de Melchor desde que éste era niño, muchas veces había llegado a la Hacienda de Pateo cuando, por razones de su oficio, iba a algún pueblo cercano a encargarse de los fuegos artificiales.

Ese día don Bernardo estaba muy emocionado; a su memoria venía el recuerdo de la Guerra de Independencia; los días de triunfo y también los fracasos, pero sobre todo recordaba a su general Morelos, al que había conocido desde que era muy joven.

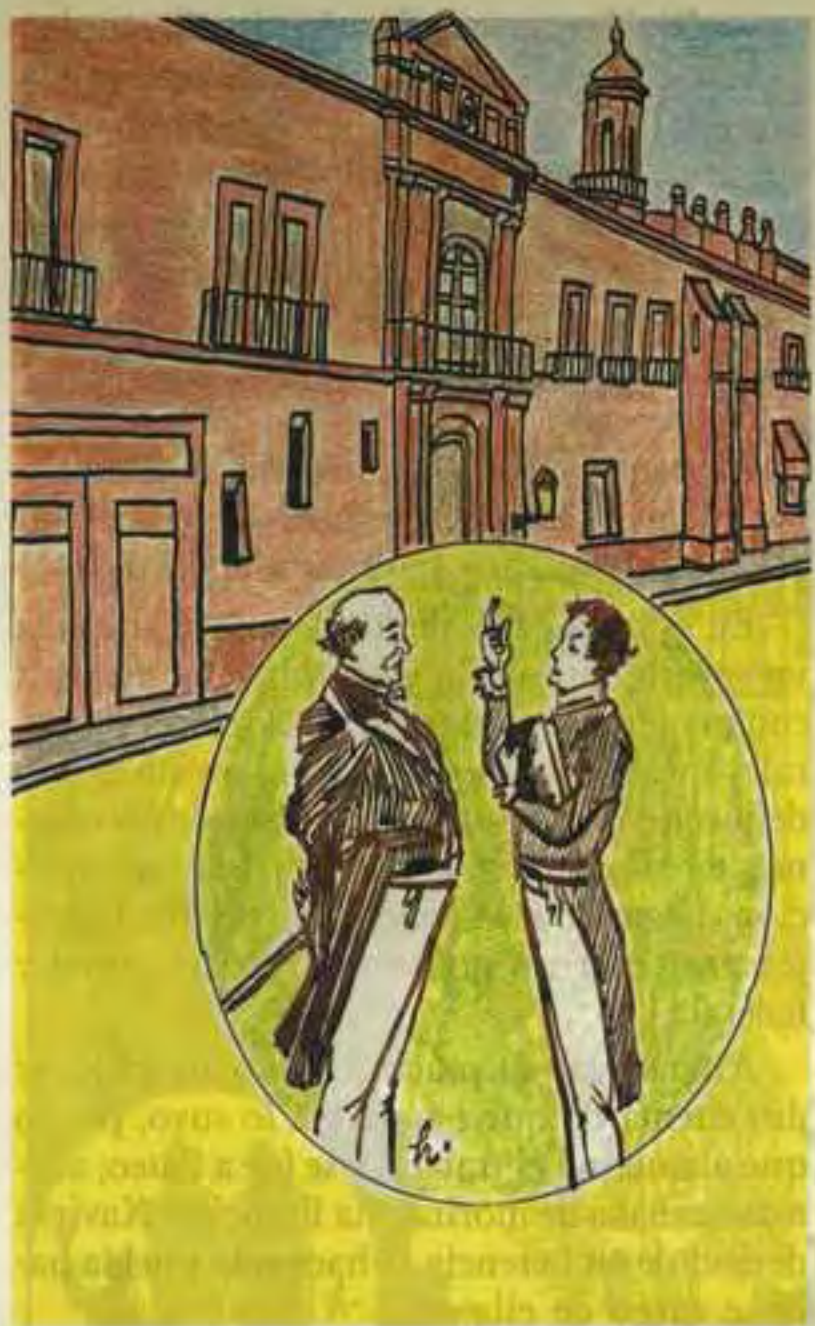
Melchor se dio cuenta de que era el mejor momento para pedirle que le contara sobre lo que a él le interesaba saber: Cómo se había incorporado a la lucha don Bernardo.

Pues verás —comenzó a decirle—, tengo muy presente aquella mañana de octubre de 1810, en que José María fue a buscarme a mi

casa para que lo acompañara a entrevistarse con su maestro don Miguel Hidalgo. Días después, ya íbamos rumbo a la tierra caliente, hacia la costa, acompañados por unos cuantos hombres que se nos unieron, pero al cabo de muy poco tiempo ya éramos una fuerza muy numerosa. Después empezamos a ganar muchas batallas y a tener bajo nuestro control varias ciudades. ¡Uy Melchor, hubieras visto cómo nos recibían y las fiestas que nos hacían!

—Ay, don Bernardo— le comentó Melchor, con tono de preocupación— ¿Qué podría hacer yo por mi patria si en un momento dado me necesitara? A mí francamente no me gustan las armas ni las batallas.

—No, Melchor, no te preocupes, hay muchas formas de luchar, de ayudar a vencer al enemigo. Jóvenes como tú, que están estudiando, que se están preparando son más útiles que nosotros que sólo sabíamos de armas, ahora hace falta organizar el país, ver qué es lo que más se necesita. En fin, ya verás que llegado el momento tú serás muy útil.



—¡Ojalá tenga usted razón, don Bernardo!

La conversación se vio interrumpida porque llegaron los invitados de honor y el ambiente comenzaba a llenarse de vítores a Morelos, entremezclados con la música de varias orquestas y, por supuesto, de los cohetes lanzados al aire por don Bernardo Arriola, antiguo capitán insurgente.

Al terminar sus estudios, Melchor viajó a la Ciudad de México y se inscribió en la Universidad de México para estudiar derecho.

En esta época, Valentín Gómez Farías era vicepresidente de la República, y muchos conservadores se oponían a las reformas liberales que habían hecho; Ocampo y un grupo de jóvenes se dedicaban a analizar los problemas de México y trataban de hallar una solución, llegando a la conclusión de que lo mejor era tener un gobierno constitucional y federal.

Al empezar su práctica como abogado, se dio cuenta de que eso no era lo suyo, por lo que abandonó el trabajo y se fue a Pateo; además acababa de morir doña Francisca Xaviera dejándole en herencia la hacienda y debía hacerse cargo de ella.



De inmediato se dedicó a dirigir las tareas agrícolas, a realizar algunos experimentos científicos y a leer obras de botánica. Se interesó en especial por las cactáceas, exploró la región para recolectar especímenes, anotando sus características. Clasificó algunas plantas que en ese entonces eran desconocidas.

Era tanto su interés por conocer la flora de México que a fines de 1839, emprendió un viaje de estudio por los estados de Veracruz, Puebla y el sur de México, acompañado por dos amigos y dos ayudantes. En el diario que llevó entonces anotó sus descubrimientos, sus aventuras, y la impresión que le causaron los diferentes poblados que visitaba.

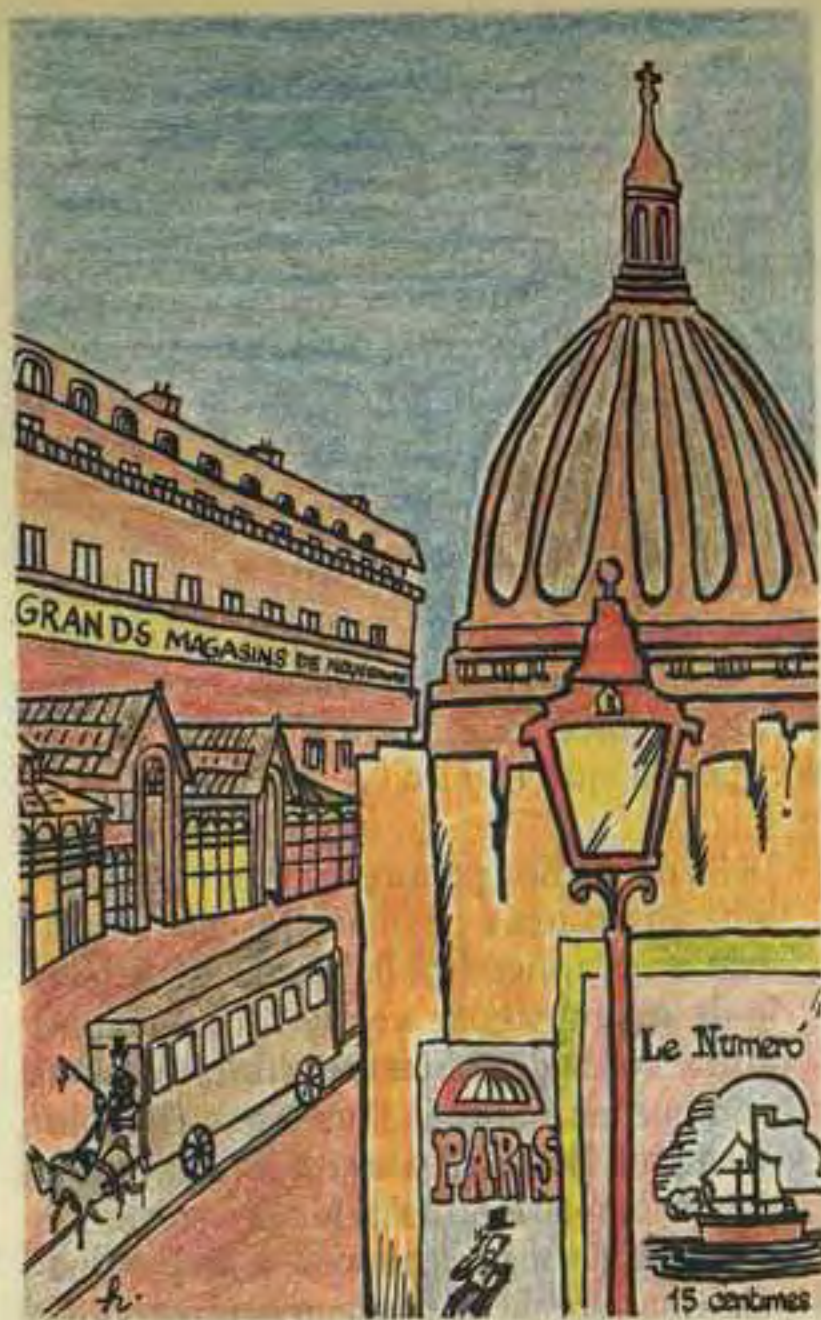
—LOS HIJOS DE OCAMPO—

Al igual que se desconoce la fecha exacta de su nacimiento y el nombre de su padre, no se tienen datos muy precisos sobre su vida familiar. Se sabe que con una señora llamada Ana María Escobar tuvo tres hijas: Josefa, Petra y Julia, y que años más tarde nació Lucila.

—UN MEXICANO EN PARÍS—

Como Melchor sentía una gran curiosidad por conocer otros países, otras costumbres, quiso viajar para aprender muchas cosas más; así, sin decir nada a su tutor y con dinero que le prestaron varios amigos, se fue al puerto de Veracruz, haciendo muchos tramos del camino a pie, para no gastar. En el puerto se embarcó rumbo a Europa. Una vez allá llegó a París, desde donde escribió a su tutor pidiéndole disculpas por no haberle avisado; en esa carta le cuenta cómo logró realizar el viaje y la razón por la que lo hizo:

—“Los medios para realizar el viaje, porque yo no tenía un tlaco, los obtuve gracias a mis amigos los Balbuena, los Esteves y de mis antiguos vecinos los Retanas; junté cerca de trescientos, único capital con que me aventuré. Pero éste apenas bastaba para llegar, dirá usted; así era y así lo sabía yo; mas mi resolución de venirme no era para darme buena vida, sino para hacer una especie de penitencia provechosa;



y creo que cuando hay verdadera voluntad de trabajar, no puede morir de hambre quien la tiene, y que llegando a París hallaría algo en qué ocuparme."

Ocampo permaneció en Europa año y medio; durante ese tiempo aprendió mucho. Tomó cursos de física y de química, pero los que más le interesaron fueron los de botánica y agricultura práctica, pues quería aprender técnicas de cultivo modernas, que fueran de utilidad para la hacienda de Pateo y, si tenían éxito, para que se emplearan en otros lugares. Por ejemplo, le entusiasmó tanto el cultivo de la vid, que intentó convencer a un técnico francés de que se fuera a trabajar a México.

Durante su estancia en París, Melchor nunca tuvo dinero; muchas veces hacía sólo una comida al día, pero decía que prefería pasar hambre con tal de seguir aprendiendo muchas cosas. Algo que le sorprendió es que hubiera ómnibus, es decir, carruajes para servicio público que recorrieran varios puntos de la ciudad; también se interesó por conocer los adelantos médicos.

—VUELVE A SU TIERRA—

Poco tiempo después de que Ocampo regresó a México, tuvo que vender gran parte de las tierras de Pateo para pagar algunas deudas que tenía, porque además de no ser un buen administrador, tenía fama de ser tan generoso que se dedicaba a dar su dinero a los necesitados.

Él conservó sólo una parte de las tierras, a las que puso por nombre POMOCA, palabra que se inventó él usando las mismas letras de su apellido.

Este lugar se convirtió en un refugio para todo aquel que necesitaba ayuda de cualquier tipo, porque sabía que ahí se la darían.

Ocampo continuaba pasando horas y horas investigando las plantas y poniendo en práctica lo que había aprendido en Europa sobre cultivos, con muy buenos resultados. Además ayudaba a sus vecinos dándoles consejos para que obtuvieran mayores beneficios de la tierra.

Como resultado de sus investigaciones, una vez aplicó un remedio contra la rabia y consiguió salvar la vida a dos campesinos, de

un grupo de ocho, que fueron mordidos por un lobo rabioso.

Durante este periodo escribió mucho, desde un artículo sobre la Biblioteca Palafoxiana, poesías, estudios sobre el español que se habla en México, sobre su viaje a Europa y sobre botánica.

—DE AGRICULTOR A POLÍTICO—

En el año de 1842, Ocampo fue electo diputado por Michoacán para el Congreso General que convocó el gobierno de Santa Anna para organizar políticamente a la República Mexicana.

Melchor pertenecía a la nueva generación de liberales que habían crecido con el ejemplo de hombres como Valentín Gómez Farías, precursor de la Reforma, y del doctor José María Luis Mora; ellos estaban convencidos de las ventajas que ofrecía el que México tuviera un gobierno federalista.

Entre las propuestas que hizo Ocampo como diputado fue el que hubiese libertad de cultos y que la enseñanza no estuviera en manos de religiosos sino del Estado.



Cuando el congreso fue disuelto por Santa Anna, regresó a Pateo, dando principio la etapa más fecunda de su obra científica y literaria.

—DE DIPUTADO A GOBERNADOR—

Un par de años después, fue nombrado gobernador del estado de Michoacán; en un principio se negó a aceptar el cargo, diciendo humildemente: "No conozco cómo se administra ni sé nada sobre finanzas". En efecto, él sabía de física, de química, de ciencias naturales, pero no de manejar dinero y mucho menos el del estado.

Sin embargo, se dice que como el presidente insistía, estuvo presente en las juntas de ministros, y se enteró cómo funcionaban y cómo era el mecanismo de las oficinas de gobierno. Después de un tiempo partió a Michoacán a encargarse del gobierno del estado.

En cuanto empezó su mandato se puso a trabajar; a pesar del poco dinero con que se contaba, hizo que a los empleados públicos se les pagase puntualmente; abrió caminos y fundó escuelas.

Un día, al visitar la cárcel de Morelia sufrió una honda impresión, pues hubo presos que se le arrodillaron implorando su libertad y perdón, ya que llevaban treinta años tras las rejas y su juicio no había sido concluido. Incluso a muchos no se les había dicho aún de qué crimen se les acusaba.

Ocampo indignado se dirigió a las personas que lo acompañaban y les dijo:

“Si alguno de estos infelices hubiera matado a su madre, que es el peor crimen que puede cometerse, ya habrían pagado su crimen por haber pasado aquí treinta años de su vida hundidos en esta miseria y pasando hambres, frío y sirviendo de alimento muchos de ellos a las ratas. Pongamos fin a estos horrores.”

En ese mismo momento fijó la fecha en que debían de salir libres.

Pero las mejoras que se había propuesto hacer en beneficio del estado se vieron interrumpidos a causa de la guerra iniciada por Estados Unidos contra México en 1847. Ocampo tuvo que dedicarse a organizar la

defensa; hizo un llamado a la población para que se uniera a la lucha.

—LA GUERRA CONTRA ESTADOS UNIDOS—

A principios del siglo pasado, un grupo de norteamericanos recibió permiso del gobierno mexicano para colonizar Texas; años después, decidieron separarse de México, porque decían que no estaban de acuerdo con la forma en que Santa Anna gobernaba al país y por la falta de libertad de cultos.

En marzo de 1836, los colonos firmaron la Declaración de Independencia de Texas, pero poco después solicitaron pasar a formar parte de los Estados Unidos como un estado más.

México trató de defender su derecho y ello provocó la guerra.

En 1847, al cruzar la frontera tropas norteamericanas por Matamoros, Tamaulipas, fueron aprehendidos por el ejército mexicano; el Congreso de Washington aprovechó la ocasión para declarar la guerra. En el curso de los acontecimientos quedó claro que lo

que realmente querían los americanos era no sólo proteger a Texas, sino adueñarse de Nuevo México, Arizona y la Alta California.

Cuando los mexicanos a pesar de una heroica lucha fueron derrotados, Ocampo propuso formar guerrillas para seguir atacando a los invasores.

En 1848, al terminar la guerra, Ocampo renunció a su cargo y volvió a sus actividades científicas; sin embargo, se le nombró senador. En este tiempo, era ya tanta su popularidad que al aproximarse las elecciones para presidente de la República, Ocampo recibió muchas adhesiones para su candidatura; sólo por un margen muy pequeño triunfó Mariano Arista.

En junio de 1852 fue designado nuevamente gobernador del estado de Michoacán. Ocampo aprovechó para hacer mejoras al Colegio de San Nicolás de Hidalgo, con su propio dinero; hizo traer de Europa instrumentos y aparatos de física, química y astronomía; fundó un hospicio y ordenó que se hicieran los arreglos para que los niños recibieran instrucción en sus pueblos.

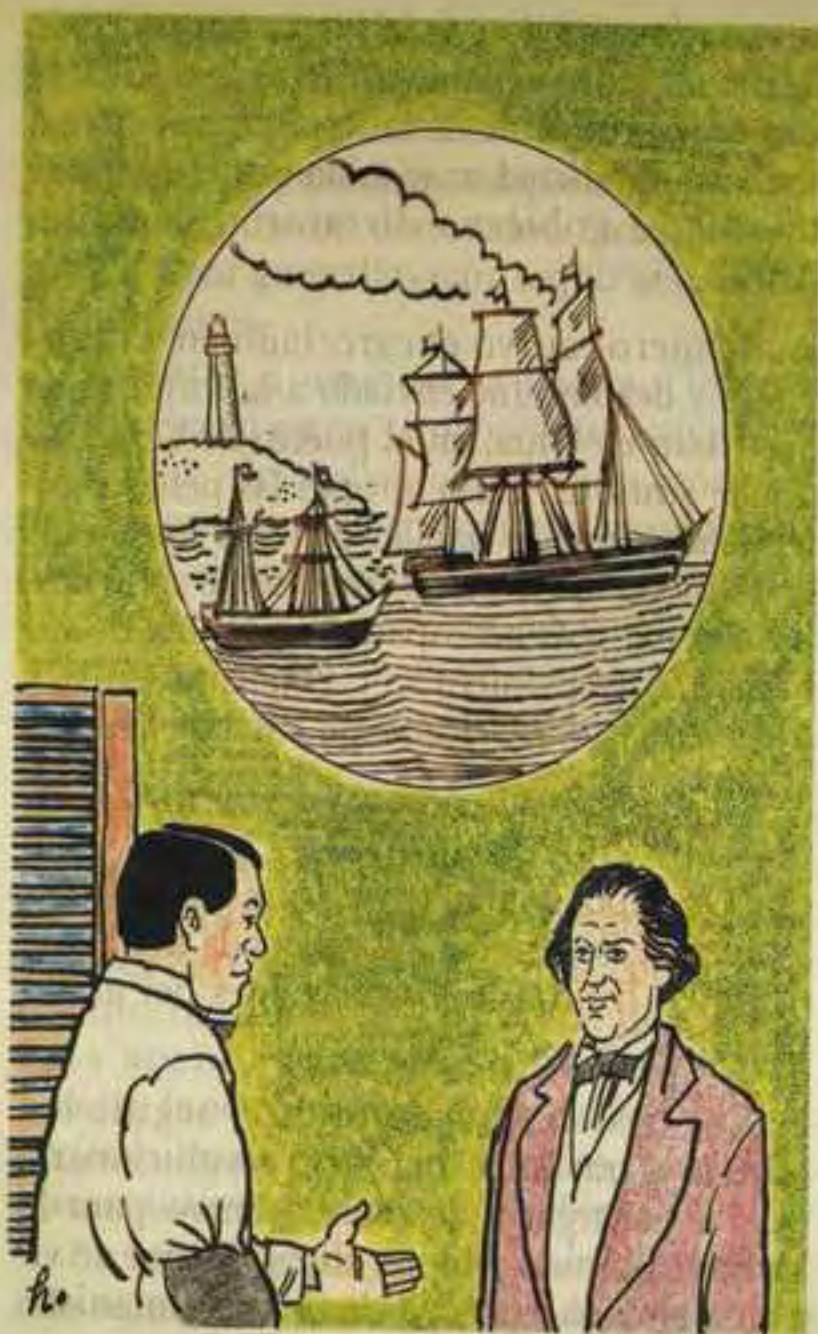
En 1853, dejó de ser gobernador y una vez más se retiró a su hacienda. Un día estando en

su casa fue sacado por la fuerza por orden de Santa Anna que nuevamente ocupaba el cargo de presidente de la República, pero actuaba como dictador; se sabía que Ocampo se oponía al gobierno dictatorial de Santa Anna.

Primero estuvo encarcelado en Tulancingo y después fue enviado a la fortaleza de San Juan de Ulúa, en el puerto de Veracruz, donde sintió en carne propia las penas y sufrimientos que le habían contado los presos de la cárcel de Morelia; finalmente salió desterrado del país acompañado por una de sus hijas. Estuvo primero en La Habana, Cuba, y luego en Nueva Orleans, en Estados Unidos.

En esta ciudad convivió con otros liberales, entre ellos, Benito Juárez que, al igual que Ocampo, habían tenido que salir del país a causa de la persecución ordenada por Santa Anna en contra de los dirigentes del grupo liberal.

Los desterrados decidieron seguir luchando a través de una junta revolucionaria que se encargaría de reunir dinero para la lucha, informar sobre la situación que se vivía en México a causa de la tiranía santanista.



La vida en Nueva Orleans era muy dura; para malvivir tenían que hacer toda clase de trabajos. Melchor Ocampo estuvo como obrero en una alfarería y Benito Juárez en una fábrica de puros. El salario les alcanzaba para comer poco y alquilar un catre en una galera cerca de los muelles.

—LA REVOLUCIÓN DE AYUTLA VENCE
AL DICTADOR—

Después de varios años de ausencia, los liberales desterrados pudieron volver a su patria al triunfar la revolución encabezada por el general Juan Álvarez e Ignacio Comonfort en contra de Santa Anna. Al principio, Melchor Ocampo formó parte del gabinete del general Álvarez pero se separó al designarse a Comonfort como presidente.

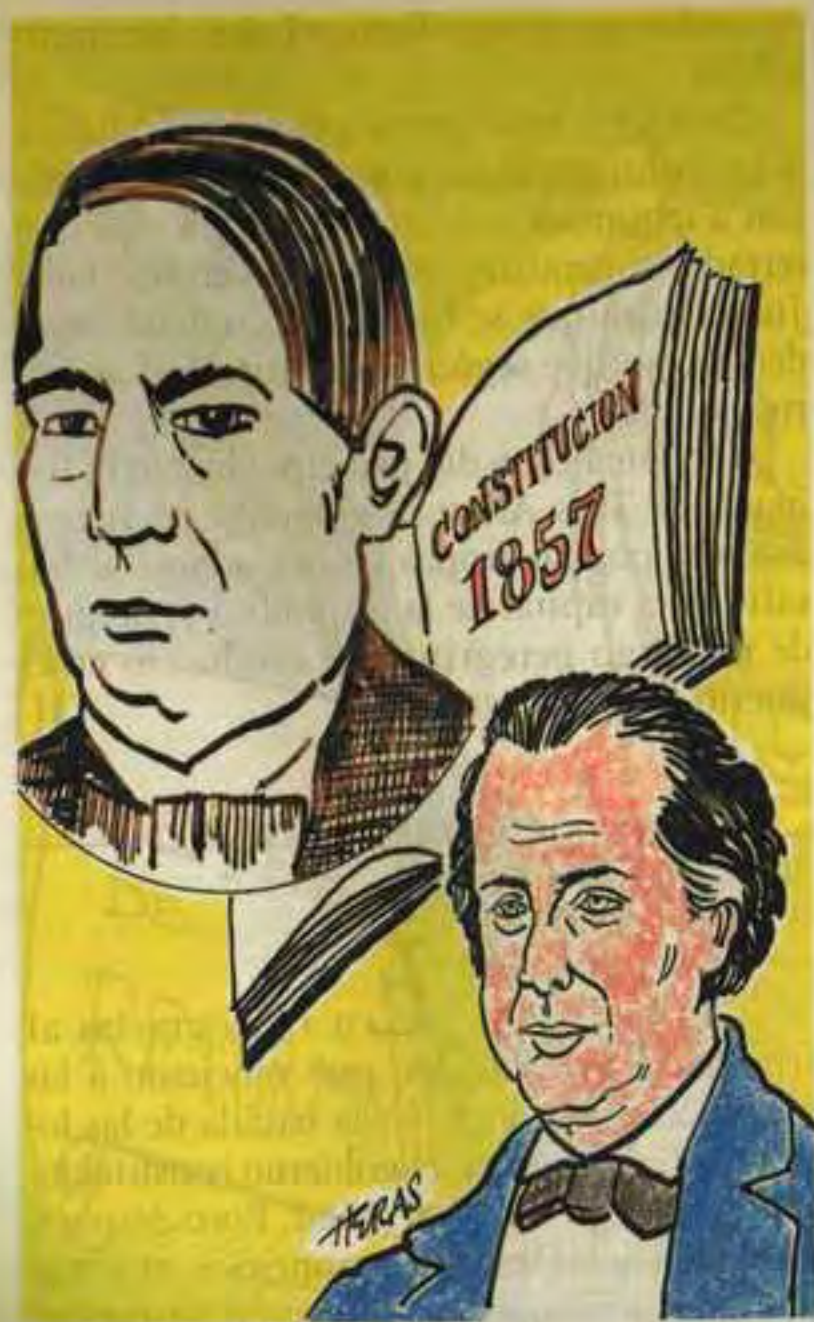
Regresó a su hacienda diciendo: "esta época no es la mía". En realidad Melchor pensaba que sus servicios en el gobierno no eran indispensables, prefería la soledad del campo, y estar en su casa de Pomoca donde siempre tenía alguna investigación pendiente

de concluir. En ese tiempo, clasificó una nueva especie de encino, y elaboró un tratado completo sobre el cacao y otro sobre la vainilla.

—LOS CONSERVADORES EN CONTRA
DE LA CONSTITUCIÓN DEL 57—

Muy poco tiempo pudo gozar de la tranquilidad de su hogar porque en 1856 fue llamado a participar en una Comisión encargada de redactar una Constitución basada en las ideas liberales. Colaboró activamente y propuso varios artículos que apoyó con elocuente oratoria. Cuando la Constitución fue promulgada hubo una emotiva ceremonia por la presencia de uno de los defensores más apasionados de las reformas a las leyes, don Valentín Gómez Farías, que fue recibido en la Cámara con expresiones de cariño y respeto.

Muchas de estas leyes afectaron intereses de los viejos conservadores y propiedades ociosas de la Iglesia. Pronto se produjeron levantamientos, encabezados por Félix Zuloaga. El presidente Comonfort atemorizado



se unió a este grupo. Benito Juárez fue encarcelado.

De muy poco le sirvió a Comonfort unirse a los conservadores, porque éstos lo obligaron a renunciar a la presidencia y a salir desterrado; sin embargo, antes dejó en libertad a Juárez para que se hiciera cargo de la presidencia, porque según la Constitución así correspondía.

Con este hecho dio principio la guerra llamada de Tres Años; el gobierno de Juárez, acosado por las tropas conservadoras, debió salir de la capital de la República y, después de un largo peregrinar, se estableció en el puerto de Veracruz.

—DON MELCHOR OCAMPO ES ASESINADO—

En 1860, gracias al triunfo de los liberales, que vencieron a las fuerzas conservadoras en la batalla de las lomas de Calpulalpan, el gobierno constitucional pudo regresar a la capital. Poco después, don Melchor Ocampo renunció a su cargo por considerar que ya no hacía falta y porque



creía que era necesario que participaran otras personas, sobre todo jóvenes.

Emprendió el viaje de regreso a su querida Pomoca, con el fin de dedicarse a sus investigaciones, sin saber que ésta sería la última vez que hacía el trayecto.

A lo largo de su vida, Ocampo había sido amenazado de muerte por los que estaban en contra del progreso de México. En esta época corría el rumor insistentemente de que querían matarlo; sus amigos le pedían que se fuera de su casa, a lo que él contestaba:

“Si no he hecho mal a nadie, no hay motivo para temer por mi vida.”

Pero había mucho de cierto en esos rumores. Los principales dirigentes del grupo conservador que se encontraban libres, Félix Zuloaga, Leonardo Márquez, Tomás Mejía, estaban dedicados a buscar la forma de acabar con el gobierno de Benito Juárez y con todo lo que se había logrado mediante las Leyes de Reforma. Sentían un profundo rencor hacia hombres como Melchor Ocampo, por todo lo que él representaba; por eso decidieron matarlo.

El primero de junio del año de 1861, se presentó en Pomoca, Lindoro Cajigas con cien hombres, en el momento en que Ocampo se encontraba comiendo.

—Dése usted preso— dijo Cajigas.

—Siéntese usted a tomar un plato de sopa conmigo, que luego lo acompañaré a donde usted quiera— contestó Ocampo. Cajigas no le dio tiempo más que para cambiarse de ropa. Lo llevaron a Maravatío.

De este lugar partieron a Guacalco, donde se encontraban Zuloaga y Leonardo Márquez.

Cuando reconocieron al prisionero se dice que Márquez comentó:

—Es preciso fusilar a Ocampo, por liberal. A lo que Zuloaga contestó:

—No; porque no se le ha cogido con las armas en las manos. Deberá ser juzgado por un consejo presidido por usted, para que se le dicte sentencia.

Supuestamente, después se le encargó a un general que cuidara de la seguridad de Melchor Ocampo, al que se le debían tener toda



clase de consideraciones. Pero se dice que por un error, el preso fue fusilado a la orilla de un camino.

Ésta fue la versión que dio Félix Zuloaga debido a la indignación que causó la muerte de Melchor Ocampo, cuando él ya se encontraba apartado de toda actividad política trabajando en su casa.

Otra versión cuenta que en Tepeji del Río, cuando estaba encerrado en un calabozo, entró el jefe de sus captores y le dijo:

—Tengo órdenes de fusilarlo.

—Eso ya lo sé —contestó Ocampo— hágame favor de conseguirme papel y tinta para hacer mi testamento.

—Luego que acabó de escribir, a la una de la tarde del día 3 de junio, fue sacado del calabozo y conducido fuera del poblado.

Después de haber andado un largo trecho, Ocampo preguntó al jefe:

—¿Falta mucho para llegar?— Sí, le contestó.

—Creo que es inútil caminar tanto; para morir cualquier lugar es bueno— dijo Ocampo.

Entonces la escolta se formó; se le ordenó que se hincara, a lo que él contestó:

—¿Para qué? Así estoy al nivel de los fusiles.

Así, sin juicio ni sentencia, se le fusiló, y su cuerpo fue colgado en un árbol. En todo México se encendió una gran indignación.

—SU TESTAMENTO—

Ocampo heredó sus propiedades a sus hijas naturales Josefa, Petra, Julia y Lucila, y sus libros al Colegio de San Nicolás en Morelia. Al final de su testamento, escribió estas palabras:

“Muero creyendo que he hecho por el servicio a mi país cuanto he creído en conciencia que era bueno.”

Su cadáver fue bajado de aquel árbol por unos vecinos. Se le trasladó con grandes honores a la Ciudad de México, donde fue sepultado.

En homenaje a su memoria, el estado en el que nació se llama Michoacán de Ocampo.